

Comentario a “Emociones y Sentimientos” en El Error de Descartes de A. Damasio.

Rosa Goetsch

Si Descartes hubiera escrito “Siento que pienso, luego existo” quizás Damasio no hubiera necesitado escribir este libro, pero Descartes no podía en su momento y con la tradición científica y filosófica que había heredado, haberse expresado de esta forma porque ya en la Grecia clásica, primero con Platón y luego con Aristóteles, las dicotomías que configurarían todo el desarrollo del pensamiento occidental habían quedado establecidas; separación de razón y sentimientos, cuerpo y mente, potencia y acto. Los filósofos sofistas consideraban además sumamente engañosa la información proporcionada por los sentidos y digna, por tanto, de poco crédito. Hoy, para mí, para nosotros, parece incomprensible cuando precisamente todo proceso cognoscitivo parte precisamente de ellos, de la vista, que dentro de todo era el más apreciado, del oído, el tacto y el gusto. Pero claro, estos sentidos generan inmediatamente emociones fisiológicas inevitables de felicidad, tristeza, ira, miedo o asco que invariablemente van acompañadas de cambios corporales reconocibles, rubor, sudor, palpitaciones e incluso trastornos gástricos. Posiblemente, al advertir que tales emociones implicaban de tal manera al cuerpo, considerarían tales procesos más corporales que mentales, además de subjetivos y por lo tanto poco apropiados para llegar a entender la Verdad y la ataraxia, objetivos máximos de la filosofía platónica. Así que se separan del proceso de conocimiento propio de la mente y del cerebro y quedan relegados para siempre a un orden inferior corporal en toda la ciencia occidental, que desde entonces ha tenido que vérselas con esta dicotomía para elaborar teorías del conocimiento y mapas de la actividad cerebral.

Pero no siempre había sido así. Hipócrates y también Averroes habían considerado el cuerpo como un todo.

Hipócrates con su teoría de los humores partía del supuesto de que las alteraciones corporales influían directamente en el estado anímico y de cordura de un ser humano. Los cuatro caracteres básicos (que además han llegado hasta hoy), melancólico, flemático, sanguíneo y amorfo dependen de la proporción en que se mezclan los humores en cada individuo.

Melancolía significa precisamente colon negro (melan, negro; kolos, colon) y es el rasgo principal de las personas con un exceso de bilis negra, el carácter de los artistas y también de los criminales. Su carácter se define como atrabiliario, que nuevamente significa bilis negra (atrós, negro; bilis) y como la medicina de la época solo cuenta con la observación de los síntomas y la experimentación de métodos curativos, se dan recomendaciones de vida para estas personas, tales como no abusar de los vinos y carnes rojas, mantener limpio el intestino y evitar el estreñimiento, entre otras. No parecen nada desatinadas. ¿Quién no ha sentido mal humor y cierta tristeza ante un empacho o estreñimiento? Es curioso como hasta las mentes más preclaras niegan las evidencias para no desmontar una teoría que parece indiscutible.

Los filósofos escolásticos refrendaron las dicotomías aristotélicas y platónicas. En aquel momento se avenían perfectamente con la separación de cuerpo y alma y también de razón y sentimientos, ya que estos últimos también eran sospechosos de conducir al amor carnal, a apetitos desordenados y pecados de la carne.

Aunque la filosofía y la ciencia renacentistas vuelvan a ser antropocéntricas y a considerar al hombre como centro del universo; Paracelso en Medicina y los filósofos Plotino y

Marsilio Ficino, neoplatónicos ambos, partirán de la separación entre razón y emoción y sentimientos, considerando la actividad de estos ajena a la cerebral.

Como cada época tiene sus propias categorías de pensamiento, no podemos extrapolar las nuestras a aquel momento. De hecho, han llegado prácticamente hasta hoy. Si embargo también en cada época surgen grandes descubrimientos, que por supuesto no siempre tienen buena acogida, como fueron los de Galileo, cuyo programa ha terminado por dar resultado en la teoría de los sistemas complejos al considerar que en ellos hay infinitas piezas y que cada una tiene un significado, de modo que al cambiar o eliminar una se puede obtener un resultado inesperado y el de la doble circulación de la sangre de Miguel Servet. Galileo se retractó con su famosa frase “epur si muove” pero Servet corrió peor suerte. Si menciono estos ejemplos es para poner en evidencia cuán difícil es cambiar un modelo científico o filosófico aunque precisamente el lema de la ciencia sea el de no dar nunca nada por sentado.

A pesar de los descubrimientos de Freud en Psiquiatría, de la Neurocirugía posterior y de los avances de la Neurociencia, de la que se ocupan prácticamente todas las ramas de la ciencia, el esquema ha llegado más o menos idéntico hasta hoy y el gran mérito de Damasio, su revolución, ha sido estudiar el cerebro no solo en cuanto a la actividad neuronal sino también en cuanto a las emociones y sentimientos, que según demuestra, se generan también en la corteza cerebral; en la angina del sistema límbico las emociones primarias, es decir las básicas e innatas, y en las cortezas prefrontales las secundarias, basadas en la experiencia. Parte de afecciones en dichas zonas cerebrales y descubre que en las personas con lesiones en las cortezas prefrontales del hemisferio izquierdo, se produce parálisis en el lado derecho de la cara y que al pedir al paciente que enseñe los dientes, el lado de la boca paralizado permanece inmóvil, mientras que si accidentalmente se produce un hecho humorístico, la persona ríe con naturalidad y mueve la boca de forma simétrica. Así, deduce que el control de un movimiento provocado por una emoción no está en el mismo lugar que el control utilizado para un acto voluntario. El descubrimiento es de gran magnitud porque, de ser así, un mismo gesto o movimiento se origina en dos lugares distintos del cerebro, dependiendo de que sea involuntario o voluntario lo que podría abrir un nuevo campo de investigación para la cura de algunas enfermedades paralizantes, ya que si una persona con parálisis facial puede sonreír y mover la cara de forma involuntaria, se podría estimular esa zona de las emociones primarias con un método similar al de Stanislavsky, generando una emoción en lugar de una simulación deliberada.

En lesiones que han dañado la zona cortical que provoca las emociones, descubre que estos pacientes son incapaces de tomar decisiones no basadas en la lógica, es decir que no pueden elegir entre dos situaciones u objetos arbitrarios aunque una persona sana elegiría una opción sin más. Realmente este descubrimiento es de una envergadura enorme, no solo porque puede abrir el camino a la investigación de enfermedades mentales, sino porque considera la emoción y el afecto como una parte de la capacidad mental a la misma altura que el razonamiento o la lógica, ya que sirven para realizar actos volitivos individuales, algo que hasta ahora se consideraba exclusivo del razonamiento, la voluntad y la lógica. Por otra parte define el sentimiento como la percepción de la emoción y distingue tres tipos de sentimientos; de emociones universales básicas, de emociones universales sutiles y sentimientos de fondo, mediante los cuales se experimenta la autoconciencia de sentir el cuerpo y son el origen de la conciencia y el yo. Al leer esto tuve una sensación que recuerdo haber tenido en la infancia; el descubrimiento súbito de que el corazón me bombeaba, que la sangre se movía por las venas y que todo estaba unido y en

funcionamiento y que se podía parar, lo que me produjo un gran vértigo y casi pánico, ¿por qué yo, soy yo?. Años después, en una película de Woody Allen, Diane Keaton interpretaba a una escritora que tenía un ataque de pánico y explicaba a su marido que al oír el tic-tac del reloj había sentido su propio cuerpo como una maquinaria de bombeo de sangre y movilización de fluidos que podía detenerse en cualquier momento. Damasio reseña las geniales intuiciones que William James, Shakespeare y Freud han tenido sobre el alma humana; yo añado las de Woody Allen e Ingmar Bergman. Este último es como un Shakespeare del cine además de admirador y seguidor del gran dramaturgo y Woody Allen es en cierto modo el equivalente de Bergman en comedia. Los tres intentan evidenciar lo inefable del ser humano, eso que todos sabemos que sentimos pero que no se puede decir. Recurren un poco a la magia, a la conversación con fantasmas y a la descripción sutil de un tipo de sentimientos relacionados con el yo, con la conciencia, con la captación inmediata de los sentimientos de otros sin que medie explicación alguna, como si pudiera producirse una transferencia de unos a otros en momentos de intensa emoción. Es decir, como si tuviéramos la capacidad de conocer mucho más por medio de sentimientos aún inexplorados, dejados de lado quizás en aras del racionamiento y de la lógica.

Las teorías de William James dan la vuelta a todo el proceso emotivo: estamos tristes porque lloramos. Son los estados corporales los que determinan las emociones. Si se eliminan todos los procesos corporales que acompañan a la sensación de miedo, tales como el sudor, temblor, etc, no queda nada de la sensación. El problema es que no da importancia al proceso de evaluar la emoción que ha producido el miedo y además no propone ningún mecanismo alternativo para generar el sentimiento que tendría el cuerpo excitado por una emoción. En cualquier caso se adelantó a su tiempo al considerar las emociones ligadas al proceso cerebral. Su influencia es clara en Damasio quien no solo considera ya las emociones y los sentimientos como producto de la actividad cerebral sino que no trata el cerebro de forma aislada y considera el cuerpo y el cerebro como un todo inseparable y al cerebro como un sistema complejo de unidades simples conectadas entre sí, de modo que al variar o eliminar una, todo el sistema se ve afectado.

De todas formas, la Neurociencia tiene un largo camino por recorrer; el cerebro es un sistema complejo aún casi desconocido en el que no solo hay conexiones neuronales, sino hormonas y procesos endocrinos. Además, me pregunto, ¿qué ocurre con toda la carga genética heredada, las emociones heredadas, por ejemplo? Al hablar del miedo, Damasio reconoce que hay una serie de emociones innatas que se disparan ante la presencia de mamíferos de gran tamaño, reptiles y aves. Este conocimiento emocional innato es evidentemente heredado de miedos ancestrales. El hombre es un animal de huida sin garras ni dientes de gran tamaño y que además de perder la capacidad de trepar a los árboles a la velocidad de sus antepasados primates, no puede competir en la carrera ni con un conejo. ¿Qué hacer? Pues desarrollar una gran capacidad cerebral para engañar con astucia a otros seres más fuertes y rápidos. Tener buena memoria para recordar quién es peligroso y cómo defenderse de él también es primordial. Quizás la mejor manera y la más económica sea provocar una reacción emotiva ante el peligro, sudor, palpitaciones, sabor metálico; la emoción me advierte de que algo acecha. La naturaleza no es generosa ni desperdicia órganos. El sistema límbico se pone en marcha de forma innata. En este sentido tendría razón William James. Shakespeare lo sabe explicar como nadie en esta frase inquietante, “By the pricking of my thumbs something evil this way comes” (Por el picor de mis pulgares se que algo perverso se acerca)

Pensemos ahora en algunas fobias típicamente femeninas: a las ratas, a los reptiles y a los murciélagos. En épocas no muy remotas la gente vivía en cabañas, sin luz, ni puertas o muros que pudiesen evitar la entrada de estos animales que ponían en peligro a la prole; las ratas además eran portadoras de la peste y los murciélagos de la rabia. Posiblemente las mujeres que se quedaban con los hijos mientras los hombres cazaban habían desarrollado una enorme capacidad de presentir a estos animales posiblemente por el miedo que les inspiraban y este sentimiento ha llegado hasta nosotras. Quizás el origen de las fobias esté en este miedo ancestral que hoy no tiene significado y por tanto se magnifica al no poder darle explicación lógica.

Damasio menciona la simulación de sentimientos en los actores, en las situaciones cotidianas en las que necesitamos fingirlos e incluso propone al lector que imagine situaciones que suscitarían emociones para analizar los cambios físicos que las acompañan pero no valora en sí el hecho de que la pura imaginación de un hecho que nos conmueva, la lectura de un libro o ver una película, actos que sabemos de antemano que no están ocurriendo en ese momento y que en el caso del cine y la literatura son una ficción que no corresponde al recuerdo de algo que nos haya ocurrido, puedan suscitar la emoción primaria innata como de hecho ocurre ya que lloramos, reímos y se nos ponen los pelos de punta de miedo aunque sepamos que lo que leemos o vemos no es verdad. ¿Cómo es posible que la imaginación engañe al sistema límbico y también a los sentimientos? Porque es evidente que somos conscientes de que sentimos esa emoción incontenible ante la ficción y que es, de hecho un sentimiento universal y de todas las épocas. ¿Cómo se interrelacionan la imaginación y la fantasía con todo este proceso de conocimiento hasta el punto de hacerle este juego de magia a las emociones y al propio conocimiento racional? Yo soy lego en la materia pero si hay respuesta, me gustaría conocerla y también algo más acerca de esta maquinaria llamada cerebro que llevo encima del cuello que tantos prodigios hace y de la que tan poco sé.